

No dijo mas, que la muerte
convirtió su voz en hielo,
volando á tomar el alma
entre los héroes asiento.

Dejaron los españoles
por honra á tal caballero,
de seguir al Almirante
que en Francia salvóse presto.

Y el cadáver de Bayardo,
de lauro inmortal cubierto,
entregado fué á los suyos
con justo desprendimiento ;

Para que hallara reposo
tan valiente y noble cuerpo
en su agradecida patria
al lado de sus abuelos.



AMOR, HONOR Y VALOR.

ROMANCE I.

EL EJÉRCITO.

De trompas y de atambores
retumba marcial estruendo,
que en las torres de Pavía
repite gozoso el eco :

Porque á libertarlas viene
de largo y penoso cerco
el ejército del César
contra el del frances soberbio :

Aquel reducido y corto,
este numeroso y fiero,
el uno descalzo y pobre,
el otro de galas lleno.

Pero el marques de Pescara,
hijo ilustre y predilecto
del valor y la victoria,
tiene de aquel el gobierno.

Porque los jefes ancianos
y los príncipes escelsos
que lo mandan, se someten
á su fortuna y su esfuerzo,

Y en él gloriosos campean
los invictísimos tercios
españoles, cuya gloria
es pasmo del universo.

Manda las francesas huestes
el rei Francisco primero,
que ve las del quinto Cárlos
con orgulloso desprecio.

Y juzgando un imposible
que osen venir á su encuentro
con tan cortos escuadrones,
con tan escasos pertrechos,

No á la batalla, al alcance
preparase repitiendo :
para la cobarde fuga
levantan el campamento.

En tanto de él en buen órden
y en sosegado concierto,
(despues de dar á las llamas,
y de hacer pasto del fuego

Las tiendas y los reparos,
las barracas y repuestos)
salen á coger laureles
los imperiales guerreros.

De Nápoles el ilustre
visorei al frente de ellos,
en un caballo ruano
que es del Vesubio remedo,

Ricas armas refulgentes
en que dan vivos destellos
las labores de oro y plata
del sol naciente al reflejo,

Lleva ; y sobre el rico almete
en la cimera sujeto,
penacho amarillo y rojo
que mece apacible viento.

Cien alabardas de escolta
 cércanle, delante enhiesto
 va su pendon, y le siguen
 personajes de respeto.

En el escuadron segundo,
 de un arnes blanco cubierto,
 y de un sayo de brocado,
 en un frison corpulento

Pasa de Borbon el duque ;
 ¡ lástima que tan egregio
 príncipe , contra su patria
 y su rei combata ciego !

Entre los varios señores
 y famosos caballeros
 que le acompañan , descuella
 por lo galan y lo apuesto

El jóven marques del Vasto,
 armado de azules veros ,
 con blancas y azules plumas ,
 gallardas alas del yelmo.

En un pisador castaño
 que con la espuma del freno,
 escarcha en copos de plata
 los azules paramentos,

Su destreza de jinete
 con corvelas y escarceos,
 y su agilidad de mozo
 va presumido luciendo.

Tras este escuadron segundo
 marcha el escuadron tercero,
 y Alarcon á su cabeza,
 cana barba , rostro serio,

Armas fuertes , mas sin brillo,
 corcel alto, duro, recio,
 una reformida lanza
 que empuña un puño de hierro ;

Sin visera ni penacho,
 capacete de gran peso,
 y sobreveste y gualdrapa,
 ambas de velludo negro,

Sin recamadas insignias,
 sin divisas ni emblecos,
 eran, como lo era siempre,
 su simple y marcial arreo.

Siguen tras los hombres de armas
 los escuadrones lijeros,
 y de Cívita-Santángel
 el marques al frente de ellos.

Jóven valiente y gallardo,
ignorando va risueño,
que á manos de un rei, la muerte
le aguarda á pocos momentos.

Rico y galan sayo viste
de purpúreo terciopelo,
¡harto pronto con su sangre
mas purpúreo ha de ponerlo!

De un cuartago de Calabria,
causa de su fin funesto,
rige las flexibles bridas
que cortadas serán luego.

Las triunfadoras banderas
donde desarrolla el viento
los castillos y leones,
ya de dos mundos respeto,

Y que adorna la fortuna
de palma y laurel eternos,
donde quiera que tremolan
en entrambos hemisferios;

La invencible infantería
de los españoles tercios,
en bien formadas esquadras
sigue por lado diverso.

Descalza, pero contenta;
pobre, mas de noble esfuerzo
tan rica, que á sus hazañas
es el orbe campo estrecho.

El valor y gracia reinan,
y de la muerte el desprecio,
en sus ordenadas filas
de frugalidad modelo:

Y que de vencer seguras
llenan de coplas el viento,
con apodos y con vayas
de andaluzes á gallegos.

A sus bravos capitanes
humildes obedeciendo,
forman un bosque de picas
cuyas puntas son luzeros:

Y donde los arcabuzes,
preñados de rayo y trueno,
van pronto á llenar el aire
de humo, plomo, muerte y miedo.

Allí el capitán Quesada,
allí el capitán Cisnéros,
y Santillana el alférez,
y Bermúdez el sargento,

Y Roldán el sevillano,
estremado arcabuzero,
y mil y mil allí estaban
gloria del hispano suelo,

Cuyos inmortales nombres
la fama guarda del tiempo,
y al pronunciarlos palpita
de todo español el pecho.

Con un limpio coselete
del sol envidia y espejo,
con celada borgoñona
sin cimera ni plumero,

Y con sus calzas de grana,
y con su jubon eterno
de raso carmesí, llega
después de dejar dispuesto

Como caudillo el ataque,
y como caudillo esperto,
el gran marques de Pescara
en su tordillo lijero.

En su diestra centellea
un estoque de Toledo,
y un broquel redondo abraza
con una muerte en el medio.

Viene, y se coloca al frente
de los españoles tercios,
de sus planes y esperanzas
con gran razón fundamento.

Y con el semblante afable,
y con el rostro risueño,
responde á sonoros vivas
en sazonado gracejo.

Detras de los españoles
tardos marchan los tudescos,
que apiñados parecían
muro movable de cuerpos.

Sus amarillos pendones
las águilas del imperio
ostentan, y lentamente
las siguen con gran silencio.

Micer Jorge de Austria, anciano
de gran valor y respeto,
va á su frente en un morcillo
que hunde donde pisa el suelo.

Lleva arnes empavonado,
y devoto hasta el extremo,
con franciscana capucha
el casco y gorjal cubiertos.

Las últimas que desfilan
y salen del campamento,
son las banderas de Italia
en pelotones pequeños.

Dos culebrinas de bronce
y una lombarda de hierro,
son toda la artillería
para tan terrible empeño.

Don César, napolitano,
caudillo bizarro y diestro,
y el capitan Papacodo
vienen á su frente puestos.

Ya los franceses cañones,
cuyo número era inmenso,
contra estas huestes lanzaban
muerte envuelta en humo y fuego;

Y ya viva escaramuza
se iba rápida encendiendo,
entre avanzados jinetes
y alentados ballesteros,

Y aun del incendiado campo
llegan á ocupar sus puestos
á todo correr soldados,
y á escape los caballeros.

Solo entre tantos no acude,
cuando siempre es el primero,
el gallardo D. Alonso
de Córdoba, y le echan ménos,

Porque de un noble el retardo,
en tan críticos momentos,
es mucho mas reparable,
porque debe dar ejemplo.

Y por esperarle todos
miran hácia el campamento,
donde con grande sorpresa
ven, y quédanse suspensos,

Que su tienda solamente
no es ya de las llamas cebo,
y que aun intacta descuella
entre el general incendio.



ROMANCE II.

LA TIENDA.

Entre humo, llamas, cenizas
que volando en remolinos,
del abandonado campo
al sol ofuscan el brillo.

De Don Alonso la tienda
tiene desde léjos fijos
de la multitud los ojos,
la atencion de sus amigos.

Aderezado un overo
cerca de ella, altos relinchos
da y huella y escarba el polvo
no cabiendo ya en sí mismo.

Porque la mano en el diestro
tiene sujeto su brio
un paje, que tambien tiene
un lanzon con pendoncillo.

Están dentro de la tienda,
á un lado, sentada eu rico
almohadon de terciopelo
sobre tapete morisco,

Una gallarda señora
con semblante dolorido,
teniendo en sus bellos brazos
dos hermosísimos niños;

Y de pié, á su frente, un jóven
de brillante arnes vestido,
la cabeza sin almete
y el rostro contemplativo.

Dos luzeros son los ojos
de aquella dama ó prodigio,
que á las mejillas de nácar
le dan perlas por rocío.

Las negras y luengas trenzas
con negligente prendido
dan mas blancura á su frente,
dan á sus ojos mas brillo.

Dan mas carmin á sus labios
de amor poderoso hechizo,
dibujando un albo cuello
y un seno de ángeles nido:

Pues viendo en él agrupados
á los dos infantes lindos,
el llamarle de esta suerte
no es exagerado estilo.

El mancebo armado muestra
en aspecto y atavío
de su linaje lo illustre
y de su cuna lo rico.

Es el noble Don Alonso
de Córdoba, que cautivo
de un amor firme, combate
por salir de un laberinto.

Del gran marques de Alcaudete
hermano, y aun presuntivo
heredero, aquella hermosa
ha tiempo tiene consigo,

Con disgusto y con despecho
no solo del marques mismo,
sino de otros dos hermanos
capitanes de gran brio,

Que en las huestes españolas
con el de Pescara invicto
para avalorar su nombre
ocupan honroso sitio.

La dama en ilustre sangre
al jóven esclarecido
no iguala, es cierto, mas junta
á los altos atractivos

De la gracia y la belleza,
del donaire y señorío
y de los ojos de fuego,
y del hablar argentino,

Tal bondad y tal ternura,
tan cultivado y pulido
entendimiento, y modales
tan dulces gratos y finos,

Que de Don Alonso tienen
disculpa los extravíos,
por prenda en quien tantos dotes
colocar el cielo quiso :

Pues amor y entendimiento
y valor, siempre se ha dicho,
que igualarlo pueden todo :
y no es error el decirlo.

Ella es honrada, aunque humilde,
y para hombre bien nacido
el honor de las mujeres
no es juguete de capricho.

Y si es que tiene de padre
ya la obligacion consigo,
con Dios y con los sensatos
se ve en grande compromiso.

Don Alonso, caballero
de tan altos requisitos,
cuando va á esponer la vida
á un inminente peligro,

(Siempre solemne momento
en que entra el hombre en sí mismo,
porque voces que no mienten
le dan interiôres gritos),

Revuelve allá en su cabeza
mil encontrados arbitrios,
para entre el mundo y el cielo
encontrar algun camino.

Su pecho es campo en que luchan
irritados enemigos,
preocupaciones, afectos,
miramientos y cariños.

Y con los brazos cruzados,
el rostro helado y marchito,
desencajados los ojos,
convulsos los labios frios,

Hecha pedazos el alma,
el corazón derretido,
quisiera que un rayo ardiente
le clavara en aquel sitio.

La dama, que no sospecha
el confuso laberinto
en que se pierde su amante,
demudado y discursivo,

Creviendo que el amor solo
detiene su heróico brio,
en momento en que el retardo
pone el honor en peligro,

Sollozando : « ¿ Qué os detiene,
dice, amado dueño mio,
cuando las trompas os llaman
y os espera el enemigo ?

« Volád, que yo no os detenga ;
volád, señor, os suplico,
vuestro nombre y vuestra fama
son ántes que yo y mis hijos. »

De tal labio, Don Alonso,
al escuchar tal aviso,
que fué del honor espuela
y del amor incentivo,

En sí torna, se resuelve.
y dando un largo suspiro,
como lo da el que cansado
sale de un profundo abismo :

« Decís bien, señora, esclama ;
mas veníd á ser testigo
de que pago cuanto debo
á Dios, á vos y á mí mismo. »

Cálase el yelmo ; del brazo
en frenético delirio
ase á la dama, que aprieta
contra su seno á los niños.

Sale con ella y con ellos,
monta en el overo altivo,
acomoda en la gurupa
á su dama y á sus hijos,

Y hácia el campo de batalla
á escape toma el camino,
en velocidad y en fuego
rayo ó disparado tiro.

Todos cuantos le esperaban
reconócenlo al proviso,
de que traiga, avergonzados,
tal embarazo consigo.

La lenguaraz soldadesca
prorumpo en picantes dichos,
pues no hai respeto que imponga
freno al vulgacho maligno.

Y los dos nobles hermanos
de Don Alonso, ofendidos,
de enojo y cólera ciegos,
en tierra los ojos fijos,

Temiéndose nueva afrenta
en tal hora y en tal sitio,
con las viseras esconden
los rostros escandecidos.



ROMANCE III.

EL CABALLERO.

Sin templar las flojas bridas,
ni dar descanso á la espuela,
el ilustre Don Alonso
á do están los tercios llega:

Dando al desprecio las burlas,
sordo haciéndose á la befa
de licenciosos soldados
y de desatadas lenguas,

Ante el marques de Pescara
que siente tal ocurrencia,
y que está suspenso y grave,
pone fin á la carrera.

Desocupa los arzones,
á niños y madre apea,
y con firme acento dice
alzándose la visera:

« Marques de Pescara egregio,
pues circula en vuestras venas
sangre tan noble y cristiana
como el mundo reverencia,

« No estrañaréis el que un noble,
que de cristiano se precia,
sus obligaciones cumpla
y satisfaga sus deudas;

« Ni que un valiente soldado
que á combatir marcha, quiera
para entrar con mas empeño
dejar mayores riquezas.

« Ni que tranquila su alma
al lance llevar pretenda,
porque si es del valor centro,
mayor valor hai en ella.

« Yo estói obligado y debo:
mil bienes se me presentan
que asegurar, y mi alma
la tranquilidad anhela.

« Bajo vuestro patrocinio
cumpla pues, pague, enriquezca,
mi alma tranquilize, y obre
segun Dios y mi conciencia.

« Al capellan que os asiste
mandádle, señor, que venga,
y que me case ahora mismo
aquí con Doña Teresa.

« Y bendecido mi enlace,
estos dos ángeles sean
hijos legítimos míos,
purgados de toda afrenta.

« Y si el cielo dispusiese
que yo caiga en la pelea,
habrá quien me sustituya
en lealtad y en fortaleza. »

Calló ; y el Pescara insigne
y los jefes que le cercan,
conmovidos y admirados
tan cristiano empeño aprueban.

Viene el capellan al punto
en una mula ; se apea,
de Don Alonso elogiando
accion tan gallarda y buena.

Entusiasmo por las filas
cunde con la estraña nueva,
porque una accion generosa
tiene mágica influencia.

Y un ejército testigo
siendo de la boda, hecha
fué con los sagrados ritos
que á sacramento la elevan.

Desmábase la señora,
y en los brazos la sustenta
su esposo, que á entrambos niños
contra la coraza aprieta.

Se enternece el sacerdote,
Pescara los brazos echa
al regocijado novio,
y da mil enhorabuenas.

El ejército de vivas
admirado el aire llena.
Vienen los amigos todos,
todos los curiosos llegan.

Y de Don Alonso entónces
ya no tienen resistencia,
los enojados hermanos,
y entre sus brazos le estrechan ;

Y despojándose afables
de anillos y de cadenas,
unos dan á su cuñada,
otros en los niños cuelgan.

De cordialidad , de gozo ,
y de dicha tal escena
formando en aquel momento ,
que á un mármol enterneciera.

Pero los instantes urgen :
Don Alonso activo, ordena
á su esposa y á sus hijos
retirar de allí á gran priesa ;

Porque ya silban las balas ,
y ya cruzan las saetas ,
y las trompas y atambores
dan de combatir la seña ;

Y cabalgando lijero ,
la lanza en la cuja puesta,
vuelto al marques de Pescara
dice así con voz resuelta :

« Por uno ántes combatia ,
porque uno tan solo era ;
mas hoi combatir por cuatro
quiero que el mundo me vea :

« Por mí, por mis tiernos hijos
y por mi esposa discreta ,
vos veréis, caudillo escelso ,
si sé hacerlo, aunque perezca. »

Revuelve el potro , la lanza
en el ristre á punto puesta ,
y en lo mas trabado y recio
entróse de la pelea.

Síguenle sus dos hermanos ,
y de los tres las proezas
en aquel tremendo dia ,
que á España de gloria llena ,

Fueron tales , que lograron
aplausos y recompensas ,
y en el clarin de la fama
nombre inmortal , gloria eterna.

